



ACADEMIA NACIONAL  
DE LETRAS

**Eduardo Blanco Acevedo**  
(Discurso de Ingreso a la Academia)

### **LAS LETRAS EN LAS CIENCIAS**

Sería irreverencia encarar este tema con el propósito de establecer un paralelo entre dos manifestaciones superiores del espíritu.

Mi intención, mucho más modesta, es otra, por cuanto lo que me atrevo a abordar hoy ante esta ilustre compañía se relaciona con los panoramas infinitos y de variedad múltiple que las ciencias van abriendo al conocimiento general y en torno a las cuales, "como todas las verdades se tocan" los hombres de letras pueden encontrar renovadas fuentes conceptuales y crear al propio tiempo, adecuadas formas de expresión para el cúmulo de hechos, que se han ido incorporando en la efectividad de lo apreciable, dando razón a los precursores geniales que lo anunciaran o entrevieran con sorprendentes premoniciones o con certeras hipótesis.

Los hombres de ciencia en sus disciplinas diversas, al descubrir, a su vez, gracias a tenaces investigaciones en las cuales vierten su pasión contenida, mundos nuevos de ordenación maravillosa y de posibilidades incalculables, deben buscar apoyo en las letras a fin de encontrar el cabal lenguaje que corresponda a la precipitada renovación del saber. Artistas y escritores de las más diferentes épocas han encontrado en los mitos subyugantes de las viejas civilizaciones, el retorno de anhelos y de ideales eternos, que han dado base para excelsas obras del pensamiento avasallante.

Entre los griegos y los romanos, dioses y héroes evocados por Homero o por Hesíodo, por Virgilio o por Horacio han realizado el milagro de alumbrar fabulosas aventuras guardadas con fervor por la mente humana en paradójica vivencia de lo inexistente y así las aceptamos y las admiramos.

Mecidos por el temor y la esperanza, entre la fantasía y el ensueño, bajo una luz que perdura en los tiempos, los grandes mitos no pueden ser considerados como innovaciones arbitrarias, sino como una especie de utopía resplandeciente, osaría decir metapsíquica, que alcanza el valor conmovedor de las sublimaciones del espíritu, que han permitido creaciones imperecederas en la literatura y en las artes.

Los que nos hemos refugiado tantas veces a lo largo de una vida ruda y frecuentemente penosa, en esas deslumbrantes quimeras, no podríamos señalar cuál de ellas merece nuestra preferencia, pero para seguir el hilo de esta lectura, citaré la leyenda del dios de los pastores, de las mieses, y de los bosques que el gran artista Fremiet representó en armoniosa escultura. El dios Pan nació en Arcadia, de Hermes y quizá de la hija de Driope, su madre lo abandonó cuando contempló sus atributos animales. Hermes lo conduce al Olimpo donde lucha con los titanes en guerra contra los dioses y con su voz terrible y desaforada los hace huir. Desde ese día, tuvo el poder en sus brascas apariciones de despertar el terror pánico, que circunstancias lamentables hacen caer todavía sobre los hombres.

El mito nacido en forma encantatoria en la antigüedad no puede superar sin embargo a la realidad evidenciada por la ciencia, por medio de procedimientos de sorprendente potencia, capaces en ciertas circunstancias de alcanzar atroz agravio. Así en círculos geométricos de desolación, las multitudes fueron aniquiladas y las cosas reducidas a la nada.

Para acontecimientos tan llenos de inverosímiles consecuencias ante la tierra calcinada y la vida extinguida, acaso la generación presente en sus jornadas trepidantes e inestables, no tenga otra elocuencia que ofrecer, que la del silencio, pero no aquel silencio, que al poeta consagrara como la patética inhibición del alma, sino, como un denso silencio cargado de desconcierto. Pero, han de sucedernos generaciones liberadas de la necesidad y del temor, portadoras de mensajes de sapiencia juiciosa y de justicia efectiva como conducta social.



## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Me fue dado expresar desde una alta cátedra continental, hace más de veinte años, que la imaginación que vislumbra, la hipótesis que se adelanta, la labor tenaz que realiza, han creado la ciencia de los hombres. Ella se lanza, decía entonces, a la conquista de las fuerzas que se liberan en la mortalidad de los átomos, en lo que constituye la formidable dinámica de lo invisible, en los procesos de dislocación de la materia bajo el influjo de factores prevalentes.

La moral, no se ha perfeccionado a la par que el saber, y las intenciones en su inclinación primaria hacia el bien o hacia el mal, continúan incambiadas desde el fondo de la historia. Pero nuestro sentido de la dignidad humana no puede confundirse, la ciencia que debemos amar y cultivar, es la ciencia del bien, la que auxilia, al que recupera, la que hace surgir las fuerzas en el trabajador del músculo y mantiene el equilibrio intelectual, la que hace resonar el armonioso eco de la alegría de vivir con elevación, la ciencia de la felicidad y de la esperanza, la ciencia hermosa y cordial, tutora de la libertad que se ensancha bajo su vigorizante influjo.

Cuando Henri Becquerel descubre en 1896 la radioactividad, aún los más versados de los sabios no atribuyeron al hallazgo la importancia trascendente que comportaba. Así sucede generalmente con las adquisiciones de mayor enjundia, que necesitan ofrecer una etapa a veces muy prolongada de adaptación a los cerebros dominados por el adocenamiento, o el prejuicio, la vanidad herida, o la malevolencia que surge de la admiración torturada, que se llama envidia.

Sin embargo un hombre de ciencia, un físico eminente comprendió el hondo sentido de la radioactividad descubierta por Becquerel y afirmó de inmediato que los cimientos de la física habían cedido y que era necesario modificar substancialmente las ideas hasta entonces admitidas y buscar nuevas leyes para los hechos nuevos.

Ese sabio que comprendió el sentido revolucionario de la radioactividad y que tuvo el acierto de proclamarlo se llamó Henri Poincaré. Y en efecto, el radium maravilloso de los Curie, las leyes establecidas por Ruthenford, las concepciones geniales de la relatividad de Einstein y de la teoría de los Cuanta de Planck abren el camino a sensacionales revelaciones, que marcarán nuestra actualidad en forma grandiosa o trágica.

A través de las edades, los hombres manejaron la materia a su voluntad, hicieron con ellas sus armas de pelea, sus herramientas, sus viviendas, sus fortalezas, edificaron las ciudades, crearon los innumerables instrumentos del trabajo organizado y también la adoraron con encendida avidez por el carbono brillante o por el metal áureo cuyo sino aún significa poder. Pero la materia dominada y sometida a las humanas imposiciones de lo necesario y de lo superfluo, encerraba en su estructura, el misterio de un enorme potencial respondiendo al principio de la inercia de la energía, en virtud del cual un insignificante fragmento, puede originar una fuerza dinámica inmensa.

Un proyectil común que lacera el cuerpo humano, ejerce efectos destructores expresados por la ecuación de la masa multiplicada por el cuadrado de la velocidad, formando en tal virtud una cámara de atrición donde toda la organización in situ desaparece. Tal injuria sin embargo, por más lamentable y penosa que sea, está en la medida del hombre, y en este caso de la maldad del hombre, pero el poder destructivo de la fisión nuclear es capaz de alcanzar una magnitud de un orden tal, que está más allá de la medida humana.

Ese poder sidérea cuando se desata sin trabas, servirá en máximo grado a la destrucción, que es imperio de la ley de violencia, pero manejado con cautela, puede conducir a una civilización, soñada por Soddy, en el cual no sería más necesaria la lucha por la existencia, gracias a una ascensión incesante e ilimitada del hombre, hacia el poder físico y a la dominación de la naturaleza.

Pero es necesario que me detenga un instante a fin de estudiar lo que significa en la filosofía de las ciencias el hecho en sí de la desintegración atómica provocada voluntariamente, para destruir, por cuanto ese hecho, representa a mi entender, un golpe de fuerza contra la materia, cuya formación, está condicionada a procesos lentamente logrados en ritmos milenarios.



## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

En la intimidad de esa materia, existe una sistematización estructural ordenada, mantenida en su cohesión por una reserva dinámica, a través de las edades, en las cuales se han cumplido las más profundas mutaciones geológicas que han conducido a hacer posible la existencia de las generaciones en la superficie del planeta.

Por cuanto la manifestación vital está vinculada en forma sine qua non, a la presencia de la tierra fértil, último término de las transformaciones operadas desde las etapas pretéritas, en las cuales los torreones ígneos de pórfido y de granito constituyeron las formas definitivas de nuestro planeta, hasta llegar al terreno rocoso de consolación o al de sedimentación en los cuales no existía aún suelo vegetal.

Podrán los efectos mecánicos de fisuración y descamación y los subsiguientes de orden químico, alcanzar especial importancia en la formación del suelo, pero la génesis del manto activo, está condicionado a la aparición de la vida que palpita en el citoplasma de los seres infinitamente pequeños o tras la delgada membrana celulósica de los vegetales microscópicos.

La formación de Edaphos como lo he sostenido en trabajos anteriores, me parece un problema ligado a la vida del suelo.

Tanto mayor será la potencialidad productiva, cuanto mayor sea su riqueza en elementos vitales. De la vida animal o de la vida vegetal, de las cuales dependen los grandes ciclos renovadores del carbono, del ázoe o del azufre.

No siempre la temible erosión de nuestros campos, que constituye una degradación substantiva de la tierra, por la cual estamos perdiendo – sin perder fronteras – territorio nacional, responde a causas puramente físicas. A mi entender, en muchos caos, la erosión disloca el suelo cuando la red de vida se quebró en él.

La ciencia ha puesto en manos del hombre, el poder de hacer estallar la estructura primaria, que parecía simbolizar lo perdurable y lo definitivo y, con la energía sacada de su inercia, trazar los círculos mortales para la tierra fértil, y para los hombres que la aman y la trabajan.

Considero que esa posibilidad insólita de romper los ritmos esenciales, de disociar lo material y extinguir la vida, constituye en la filiación de los hechos naturales, un acto regresivo, cuyas consecuencias en sus extremos máximos, desbordan la razón humana.

Pensadores, hombres de letras y hombres de ciencia, deben encauzar por sendas de grandeza moral las adquisiciones del saber, por cuanto la inteligencia representa en toda época, no solamente el sello metal de un momento, sino también debe marcar el ímpetu de las generaciones en el orden espiritual.

Porque lo que atañe al espíritu, está por encima de todo, pero comprendiendo cuán difíciles con las precisiones sobre este tema, prefiero referirme ahora a las preocupaciones anímicas que me han impulsado en mis afanes científicos.

## II

Las letras y las ciencias, como lo acabamos de expresar, marchan unidas en sus vicisitudes y en sus esperanzas a la propia vida del hombre. Cuantas veces he lamentado no haber tenido la capacidad o la oportunidad de dar forma literaria a cuanto he visto o sentido como actor o como testigo directo en escenas reiteradamente repetidas, cuando los procesos vitales, desde los más elementales hasta los más complejos, han penetrado en el campo de mi percepción y a través de ellos he sufrido conjuntamente con los que sufren y he mezclado “mi yo despreciable”, “le moi haissable” del filósofo de Port Royal, mi conciencia y mis angustias, con las angustias ajenas que de hacen mías.



## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Pertenezco a una profesión que amo con fervor y que sirvo religiosamente, y como la amé siempre con indeclinable devoción, se fueron creando en mí reflejos y automatismos que han insensiblemente pasado de la esfera de lo reflexivo, como diría Bergson, al dominio de lo espontáneo y que originados en la discontinuidad de la lección que ofrece la vida, alcanzan la continuidad de la lección que ofrece la vida, alcanzan la continuidad de una conducta, que es la conformidad conmigo mismo.

Y así se ha entablado la batalla entre mi conciencia y los débiles medios que le sirven, contra los males que hieren en el cuerpo y en el alma a aquéllos que vienen hasta mí en la creencia que los puedo ayudar.

He hablado de la materia y de los mundos que la integran pero mi terreno de pasión es el espíritu, en mí tan limitado como mis luces, pero tan recio como quisiera saberlo esclarecido. Mi oficio es un asunto de conciencia, - ciencia sin conciencia es la ruina del alma - estrictamente personal, profundamente constrictivo porque hay que pensar constantemente, buscando el acierto, pensar que al decir de Emerson, es el más rudo oficio del mundo. Yo no conocía hasta ese momento dado, al hombre o la mujer que llegan a buscar mi ayuda. Yo estaba ahí, más o menos bien o más o menos mal, como me imagino que debe ser la situación de cualquiera. Aun cuando en mi oficio no basta conocer la ciencia y dominar el arte, sino además, es necesario mantener el aplomo para tener la mente despejada y el pulso firme. Y la persona desconocida hasta entonces recita con gravedad su problema, expresa con detalle cuánto le aflige y muestra la carga densa de sus preocupaciones. Y aquí comienza para mí, un intenso drama íntimo.

Quien me ha hablado puede salvarse, pero no fácilmente, mi deber entonces me obliga a elevarme, a vigilarme, a depurarme. Tengo deber entonces me obliga a elevarme, a vigilarme, a depurarme. Tengo por medio de un proceso psicológico muy rápido, que ir acumulando hechos y hechos, comprobarlos, verificarlos, para cerrar las puertas al error y luego armar por un esfuerzo de imaginación una balanza, se me ocurre de materia transparente, para que yo pueda seguir viendo en los platillos cuanto voy colocando, en el pro y en el contra y esa composición imaginaria se hace persistente en mis retinas.

La medicina no es una ciencia. Ah: si lo fuera, cuánto más fácil sería la tarea. Hay ciencias médicas y son sabias y magníficas, hay técnicas y son sorprendentes, pero la medicina en sí misma, en su modalidad y en su genio, es una vasta arte conjetural.

Cuántos factores tengo que sopesar para servirla con humildad, en mi balanza imaginaria, cuantas evaluaciones de hechos apenas insinuados, cuantos detalles sutiles, incorpóreos como la psiquis, pero que son capaces de inclinar rudamente mi balanza y luego todo el armamento científico puro, las visiones de luz y de sombras a través de los cuerpos opacos, las determinaciones biológicas, las respuestas logarítmicas a nuestras solicitudes de precisión concreta. Todo a filtrar, a discriminar, a clasificar.

Ahora ya llega el momento de pronunciarse. ¡Qué terrible emoción contenida! Tengo que decir mi verdad, mi sentencia, lo pensaré diez veces, y luego lo que resulte, lo analizaré diez veces más. Pero ya estoy sobre el instante en que una vida se va a jugar por mi decisión, que se funda en lo que he podido desentrañar de mi deber oscuro. Aquí estoy en alma y conciencia, conmovido pero firme. La víspera de una intervención quirúrgica es "una velada de armas", de revisión, de reflexión.

Tenso el espíritu, ya tengo mis directivas. Ahora habrá que pasar a la ejecución, que es estrategia y táctica y luego a la técnica, que es el dominio de la práctica en el arte de la acción.

Durante la batalla no se estudia, hay que pensar con rapidez y decidirse sin titubear. Hay que saber mucho para hacer lo que se pueda, como oí decir cierta vez al Mariscal Foch.

Actué con fervor de exigencia, con concentración absoluta, en un mundo solitario, - el problema de quien sufre y mi conciencia, - nada más.



## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

La familia se acerca ahora con alegría y como homenaje entrega una amistad creada de un instante. Pero el encendido mundo que integramos con tan acendrada pasión se va a desintegrar. Como al término de un viaje cada uno sigue su camino.

Pero ya está pronto otro eslabón de la larga cadena de mi triste oficio, como dijo el gran argentino Pirovano. A veces me he preguntado por qué dijo triste oficio quien lo cultivara con saber y con laureles. Pero pensé luego que en efecto es así – triste – porque es demasiado oficio para quien no es nada más que un mortal.

Un mundo más que se integra en nuestro torno, esperanzas, fe, tristeza, alegría, triunfo. Otra vez hay que ir a la lucha. Atrás fatiga. Así hasta llevar a cuestras, a un sitio seguro otra vida ajena, cuando ya es pesado cargar con la propia.

Pero a los lados de esta pedregosa senda, cuantos panoramas abiertos sobre el destino humano, para la contemplación de lo arduo, de lo trivial, de lo esencial, de lo existencial, de lo trágico y de lo cómico. Cuán variados temas para un verdadero hombre de letras!

Pero ya siento el eco jamás extinguido de la ironía de Moliere y el zumbido de las flechas volterianas, o el desprecio de Tolstoi en su sonata a Kreutzer y me parece que acaso todo eso lo he merecido. Pero hice cuanto pude.

He dicho que aun cuando hay ciencias médicas, la medicina no es una ciencia, por más que el médico no sea un científico verídico.

Pero un creador de saberes hondos se esforzó en lograr que la medicina por una serie de aproximaciones sucesivas a la verdad, como dicen los matemáticos, llegará a ser una ciencia.

Séame permitido referirme a ese precursor ilustre, cuyas palabras quedarán como piedras duras, para emplear una expresión usada recientemente en elogio de Paul Claudel.

### III

Nacido en un hogar de profunda raíz campesina en Saint Julien del Ródano, laboriosa población rural, Claude Bernard, apenas cumplidos los 17 años deja a los suyos, para enfrentar la vida y se dirige a la ciudad de Lyon, donde entra como aprendiz en la farmacia de la prefectura, prestigiosa oficina donde se elaboran secum dum artem las sabias prescripciones del protomedicato y además remedios para los animales asistidos en la próxima escuela de veterinaria.

Pronto el joven aprendiz se encontró en la plenitud de sus variadas funciones de tener limpios y en buen orden, frascos y retortas, morteros y espátulas y de servir de acólito al “Elève”, al discípulo, que así se designa en las farmacias francesas a los idóneos disertados, eficientes, entrados en años y en experiencia.

Largos días comienzan aparentemente monótonos para Claude Bernard, que cumplía escrupulosamente los ritos de rutina y se iniciaba con solemnidad en las complicadas manipulaciones, hasta verse eufónicos: Raíz de Lirio de Florencia, Díctamo de Creta, Betún de Judea y cien más componentes del primor de la vieja terapéutica llamada theriaca verdadera, que era necesario no confundir con la theriaca de los pobres, despreciable pócima indigna de las manos de un apotecario fiel a la honorable tradición del arte.

Sin embargo el joven aprendiz recluido por la noche en su altillo, encontraba expansión para su mente encendida al entregarse con precoz vocación a las letras. Así escribe una pieza de teatro a la cual da el nombre de Rosa del Ródano que representada en la sala de Celetins alcanzó un alentador éxito. El autor, cree entonces, estar en el camino de la gloria literaria y escribe con entusiasmo y contracción una obra de mayor aliento. Es una tragedia en cinco actos sobre un tema histórico; lleva por título “Arturo de Bretaña” y pinta en ella, las rivalidades de éste con Juan Sin Tierra.



## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

La lectura de la obra que hace ante el cenáculo farmacéutico merece cálidos estímulos y Claude Bernard, presa de entusiasmo resuelve dirigirse a París a la conquista de un renombre, llevando como credencial una presentación de un viejo mariscal de Francia para un miembro de la Academia Francesa. El ilustre hombre de las letras lo recibe con cordialidad. El joven autor le ruega se digne a escuchar la lectura de su “Arturo de Breñaña”, a lo que accede con deferencia. La tirada es larga como corresponde a cinco actos donde nada se ha omitido, pero el académico escucha con paciente atención.

Claude Bernard, fatigado y trémulo, termina la lectura y espera el veredicto... El académico rompe el silencio y le pregunta cortésmente: ¿joven qué profesión tiene usted? Empleado de farmacia, responde el novel autor. Bien – replica el circunstancial juez de letras, – si desea recibir un consejo provechoso, ya que es ayudante de farmacia y desea progresar, hágase médico.

Claude Bernard amargado y decepcionado, siguió, sin embargo, el consejo que se le formulaba, afortunadamente sin perjuicio ni para las letras ni para las ciencias – porque años después, ya ilustre sabio y luminoso escritor de trascendente doctrina, iba a encontrarse en la Academia Francesa, como compañero de inmortalidad, con quien lo había desahuciado.

Claude Bernard toma posición desde su primera clase de fisiología aplicada a la medicina, dictada el 23 de diciembre de 1854 en la alta cátedra del Colegio de Francia. Concreta en forma precisa las modalidades que imprimirá a sus investigaciones de acuerdo con las ceñidas reglas de la ilustre casa de estudios. En las facultades, el profesor ve la ciencia en su pasado y en su presente y ofrece sus conclusiones en el plano de lo actual. El Colegio de Francia por el contrario, vuelca sus miradas hacia lo desconocido, hacia el porvenir.

En cuanto a los procedimientos a que debe ajustarse la investigación científica, los filósofos han discurrido con amplitud sobre el mejor modo de interrogar a la naturaleza, escuchar sus respuestas y alcanzar descubrimientos. Mientras algunos han creído que basta poseer un quid propium y que la casualidad hará el resto, y que aún cierto grado de ignorancia es propicio para encontrar sendas nuevas, otros siguiendo a Bacon, proclaman que hay métodos seguros para regir el progreso de las ciencias, y trazar teóricamente principios normativos para su mejor desenvolvimiento.

Desde este momento Claude Bernard, siguiendo los pasos de su maestro Magendie, de quien será luego sucesor titular, se transforma en el adalid del método experimental.

Será actor principal en una lucha enconada en una lucha enconada y por momentos dramática entre el método experimental que encierra una parte de verdad pero no toda la verdad y la realidad, entre lo anunciado por la teoría y el hecho brutal, entre lo anunciado por la teoría y el hecho brutal, entre los procesos elementales, simples por definición y la vida de infinita complejidad. Y todo envuelto en querellas, entre los propósitos renovadores, las resistencias de los prejuicios, la gravitación de las rutinas y el anquilosado adocenamiento. Claude Bernard combate con igual temple altanero y distante, tanto en sus horas indiscutidas como es sus horas discutibles. Aun cuando proponiéndose destruir el dogmatismo, a veces cae en sistemas demasiado cerrados, el método experimental no solamente ilumina una época, sino también, abre una era científica.

Para la ciencia, Claude Bernard constituye un advenimiento. Van Thieghem pudo afirmar con razón que sus ideas han ejercido una influencia decisiva en el campo del espíritu humano.

Sus hallazgos, marcan épocas del saber y orientan el conocimiento. Pero más allá de sus descubrimientos y de sus doctrinas con el soplo de su genio, dio impulsión maravillosa y legislación sabia a la actividad investigadora.

Limitó expresamente al alcance de sus trabajos, a un determinismo restringido a los fenómenos físico – químicos y fisiológicos elementales, sin lesionar los principios del libre albedrío y de la libertad moral, a los cuales reconoce como condición necesaria en sus famosas lecciones sobre los fenómenos de la vida.



## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

En cuanto a otros aspectos, acaso algunos comentaristas no conocen sus mesuradas palabras que dicen textualmente: “No deseo entrar aquí en el examen de problemas que inciden con el materialismo o el espiritualismo. La materia está desprovista de personalidad.

La materia orgánica del cerebro no tiene más noción del pensamiento y de los fenómenos que manifiesta, que la materia bruta de una máquina, de un reloj por ejemplo, no tiene conciencia del movimiento que revela y de la hora que marca, como tampoco el papel y los tipos de imprenta, intervienen en las ideas que difunden”. Considero que esas expresiones de Claude Bernard son concluyentes y nadie puede sacar de ellas consecuencias inclinadas a negar el espíritu.

Para emplear una expresión grata al sabio, otros investigadores, después de él, pudieron parados sobre sus hombros, ver más lejos y alcanzar panoramas más amplios.

Sus descubrimientos y sus métodos hacen honor a la inteligencia humana. Su introducción a la medicina experimental, debe ser leída aún hoy en día por los científicos y los hombres de letras, pero éstos no deben olvidar cual falaz fue la absurda pretensión de aquellos que pretendieron invocar su doctrina, para hacerla pesar en el ámbito literario.

En conferencias pronunciadas el año 1882, en el Ateneo del Uruguay sobre la novela experimental y sobre idealismo y realismo fueron rebatidos ampliamente los conceptos de Emile Zola, y de la escuela que representaba.

Juan Andrés Ramírez, Raúl Montero Bustamante y anteriormente Samuel Blixen se refirieron a las conferencias del Ateneo señalando que el autor se adelantó a Guyau y destacan el tono de imparcialidad serena y la profundidad del concepto.

Y últimamente un escritor de gran talento y extraordinaria versación, Arturo Ardao, le dedica a las conferencias del Ateneo, en su notable libro “Espiritualismo y Positivismo en el Uruguay” un amplio comentario.

En 1913 se cumplieron 100 años del nacimiento de Claude Bernard.

Con la perspectiva del tiempo, el hombre y sus trabajos, pudieron ser juzgados con serenidad.

Me fue dado asistir a la ceremonia que tuvo lugar en el Colegio de Francia, en esa gloriosa casa, donde el pensamiento de insignes maestros, continúa siempre dirigido hacia territorios ignotos, o insuficientemente explorados del conocimiento, en busca afanosa de cuanto aún se ignora.

Recuerdo con emoción la voz del representante de Francia, uno de los más grandes oradores de nuestro tiempo. Fue la misma voz, la encargada poco después de anunciar al mundo, la gran guerra del 14, por la libertad y la justicia, que a mi entender continúa todavía.

En la húmeda cripta del Colegio Francés donde Claude Bernard realizara sus memorables trabajos, el jefe de Gobierno Francés expresó que venía a pedir perdón en nombre de la democracia al sabio que con tan reducidos medios y míseras instalaciones, había dado tanta gloria para su patria y abierto tan amplias perspectivas para la ciencia universal.

Como he estudiado con ardor durante años la génesis y las consecuencias de la obra de Claude Bernard, creo estar en lo cierto al pensar que el sabio a su vez, hubiera pedido se le perdonara porque sus trabajos quedaron inconclusos y sus dudas no fueron disipadas.

En efecto, si se quisiera expresar la medida de la contribución efectiva de Claude Bernard al conocimiento científico, podría decirse para emplear sus propias expresiones, que dio fórmulas perdurables a la ciencia y a la técnica para estudiar el “cómo” de los procesos de la vida, pero no se aventuró jamás a determinar el “porqué”.



**ACADEMIA NACIONAL  
DE LETRAS**

¿No será este ambicioso propósito, tarea para los filósofos y los pensadores?

¿No será cierto que al decir Leriche, actual titular de la cátedra de Claude Bernard, que el hecho científico sólo es soberano en su propio dominio?

Acaso como lo entrevió un gran espíritu los poetas puedan alcanzar con su imaginación creadora, verdades perdurables que se encuentran más allá de las fronteras de la ciencia.

Montevideo, 14 de octubre de 1955